
Vis et honor

En recuerdo de unos soldados olvidados



En el mismo mes de mayo de 2015, poco después de que los islamistas ocuparan sorpresivamente la ciudad de Palmyra, el DAESH publicó un vídeo en el que se ufana del asesinato por disparo en la nuca de veinticinco soldados del Ejército Nacional de la República Árabe de Siria, estado miembro de la ONU, presente en su Asamblea y contribuyente de la organización. Sin embargo, nadie entonces condenó con firmeza y claridad la barbarie cometida, ni siquiera ante las especiales circunstancias presentes en el caso. Estos veinticinco soldados habían sido sacrificados en el escenario de un teatro glorioso, frente a un pueblo forzado a contemplar tan salvaje espectáculo ejecutado por matarifes impúberes. Pues bien, yo quiero recordar ahora a estos soldados olvidados, porque el teatro de Palmyra quedó así manchado con su sangre para siempre. Muertos en el edificio y las piedras tan queridas por Khaled Muhammad al Asaad, poco después también él asesinado por los mismos criminales. Y como las familias de estos soldados ignorados vieron su digna muerte menoscabada entonces, no quiero ni puedo olvidar su sacrificio en las ruinas de Palmyra.

En su momento, las breves menciones dedicadas al hecho se hicieron casi por obligación, en parte porque los islamistas, tan amigos de las “redes sociales”, publicaron en éstas y con delectación el vídeo de tan salvaje ceremonia, su prolegómenos –con el traslado de los soldados al lugar de ejecución- y algún crimen más. El sedicente Observatorio Sirio de Derechos Humanos –con sede en Londres, cómo no- tuvo que comentar el hecho al fin, el 27 de mayo, rebajando el número de los asesinados a veinte –cuando en vídeo y fotos se cuentan fácilmente veinticinco soldados uniformados-, ignorando a otro militar degollado en el mismo vídeo, y despachando a las víctimas con el consabido “fuerzas del régimen de Bachar al Asad”, como si esa especie de supuesto pecado original disculpara su asesinato.

La hipocresía occidental –alineada con los intereses de EEUU, Israel y Arabia Saudí y otros actores interesados en la zona-, apenas si despachó con breves comentarios el crimen. Las víctimas se presentaban siempre como “fuerzas del régimen”, “tropas leales a Assad” y comentarios parecidos. Pero eran simples soldados. Y además yo creo que en este hecho y en estas imágenes hay algo importante que rescatar: el honor y el valor de veinticinco soldados anónimos del Ejército Nacional de Siria. Y tres crímenes simultáneos que señalar y, nunca, olvidar.





Gloria victis, porque lo primero que debo hacer es salvar el honor de los soldados sirios allí derrotados y asesinados. Con las manos atadas a la espalda, abrumados sin duda ante su próximo e injusto fin, angustiados y agotados, todos los jóvenes soldados conservaron la dignidad en su bárbara ejecución. Vestían el uniforme del ejército, eran soldados del ejército, no esbirros ni matones del régimen, como nos han querido hacer creer. Tenían sueños, novias y esposas, padres ancianos, hermanas y hermanos, hijos tal vez. Soldados de reemplazo, movilizados como todos los varones sirios, prestaban su servicio en el ejército cuando empezó la guerra. Y cumplieron con su deber. Probablemente, ni siquiera todos comulgaran con el ya viejo Baath y su presidente. Es posible que no pocos rechazaran la política, y pensarán más en conseguir un buen trabajo y casarse o emigrar, o estudiar fuera, como tantos otros compatriotas. Y puede que alguno incluso fuera miembro del partido y creyera todavía en los ideales que animaron a sus fundadores. Pero todos, todos sin excepción, guardaron una orgullosa dignidad ante su muerte. Jóvenes soldados, jóvenes sirios llenos de la romana *vis et honor*. Ellos merecen nuestro homenaje por su fuerza de corazón y su sentido del honor. Gloria, fuerza y honor serán su recuerdo.

Aunque además y en su memoria, tan bárbara muerte saca a la luz tres crímenes sin castigo que ni quiero ni puedo silenciar. El primero, el de los islamistas que llevaron a veinticinco adolescentes, verdaderos niños, para que asesinaran con un disparo en la nuca a los jóvenes soldados. Veinticinco niños envenenados y envilecidos para toda su vida por el crimen cometido y la ideología inyectada en sus cerebros. Un crimen sin castigo. Ni perdón.

El segundo crimen tiene autores escondidos en la sombra: los que vistieron a los islamistas con uniformes OTAN. Varias veces ha sido detectado en puertos de España y otros países el tráfico de uniformes militares de camuflaje destinados al DAESH. Simple noticia, apenas comentada cuando no silenciada. Criminales ocultos entre nosotros fueron sus responsables. Como ocultos están los que hicieron llegar al DAESH armas cortas, largas y misiles de calidad, procedentes de Alemania, Rumanía, Croacia, Chequia, Francia, EEUU y otros países. Porque en esas imágenes, los niños visten uniformes reglamentarios y empuñan pistolas automáticas de fabricación occidental. Asesinos ocultos que deberían responder también por este crimen cometido en las ruinas de Palmyra. Segundo crimen sin castigo. Ni perdón.

Y en fin, el tercer crimen que quiero destacar es no tanto la destrucción y voladura de los monumentos y ruinas de Palmyra –que también-, ruinas y edificios que hace tantos años estudié y viví en lo que era otro tiempo, otro país. Lo que quiero destacar aquí es que la sangre y la crueldad que empapan las ruinas y el Teatro de Palmyra no le permitirán ya ser nunca escenario inocente de eventos y alegría. Porque abruman los recuerdos dolorosos. La sangre que regó su escenario lo impide. Con justo criterio, cuando la ciudad fue liberada por el ejército sirio y el 5 de mayo de 2016, la orquesta del Teatro Mariinsky de San Petersburgo quiso interpretar allí un concierto titulado “Una oración en Palmyra”, bajo la dirección de Valery Abisálovich Guériguiev, con obras de Bach, Prokofiev y Schedrin, los músicos y el director se colocaron en la *orchestra*, no en el *parascaenium*, embebido en la sangre de los soldados asesinados. Una ruina emocionante convertida en un doloroso recuerdo para siempre. Tercer crimen sin castigo. Ni perdón

Cuando en 1789, el celeberrimo Conde de Volney escribía en *Les ruines de Palmyre*, que cada día en el ocaso, tras visitar alguno de los monumentos de la llanura, divisaba desde lejos las ruinas y la luna naciente, más allá del Éufrates remoto, no podía imaginar aquello por lo que Palmyra será recordada a partir de ahora. Uncida para siempre a la horrenda hecatombe de unos jóvenes asesinados, a los autores de tres crímenes allí cometidos. Responsables tanto los ejecutores como los inductores, los que armaron y uniformaron a los ejecutores, los que sin pudor justifican las muertes. La sangre derramada de estos soldados nunca más nos dejará ver ese escenario como tal, sino como aquello en lo que ha quedado convertido: un memorial al heroísmo. Un altar sangriento donde fueron sacrificados veinticinco jóvenes soldados inocentes.

Joaquín María Córdoba
Departamento de Historia Antigua, Historia Medieval y Paleografía y Diplomática
Universidad Autónoma de Madrid